

Las aventuras de Robin Hood



LAS TRES EDADES

Y DIJO LA ESFINGE:
SE MUEVE A CUATRO PATAS POR LA MAÑANA,
CAMINA ERGUIDO AL MEDIODÍA
Y UTILIZA TRES PIES AL ATARDECER.
¿QUÉ COSA ES?
Y EDIPO RESPONDIÓ: EL HOMBRE.

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *The Adventures of Robin Hood*

En cubierta: ilustración © Carlos Arrojo

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Roger Lancelyn Green, 1956

Publicado por primera vez como *The Adventures of Robin Hood* en 1956 por Puffin, un sello de Penguin Random House Children's Books, parte del Grupo Penguin Random House.

© De la traducción, Julio Hermoso

© Ediciones Siruela, S. A., 2023

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20

Fax: + 34 91 355 22 01

www.siruela.com

ISBN: 978-84-19553-07-2

Depósito legal: M-4.159-2023

Impreso en Cofás

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

ROGER
LANCELYN
GREEN

LAS AVENTURAS
DE ROBIN HOOD

Traducción del inglés de
Julio Hermoso

 Siruela

Las Tres Edades

Índice

Nota del autor sobre sus fuentes	11
Prólogo: De cómo nació Robert Fitzooth	17
1 El espíritu benigno de Sherwood	22
2 De cómo Robert de Locksley se convirtió en un proscrito	31
3 Los proscritos del bosque de Sherwood	42
4 El rescate de Will Scarlet	52
5 De cómo Little John llegó a los bosques	66
6 De cómo sir Richard de Legh pagó al abad	75
7 La doncella Marian del bosque de Sherwood	84
8 La llegada del fraile Tuck	97
9 De cómo sir Richard pagó a Robin Hood	106
10 La flecha de plata	115

11 Robin Hood y el carnicero	128
12 La aventura de los mendigos	137
13 Robin Hood y el curtidor	149
14 El casamiento de Allin-a-Dale	158
15 Robin Hood y el obispo	165
16 George-a-Greene, el mayoral de Wakefield	176
17 Una alarma en la noche y un botín de oro	186
18 La bruja de Papplewick	199
19 El final de Guy de Gisborne	212
20 El cornetín de plata y el Caballero Negro	225
21 Robin Hood y el peregrino alto	235
22 La venganza del rey Juan	250
23 La última aventura de Robin Hood	262
24 La última flecha	267
Epílogo: El rey Enrique y los ermitaños	274

*Para «Buss» (la señorita A. L. Mansfield) en recuerdo
de Robin Hood y de tantas otras funciones de fin
de curso en Knockaloe, Poulton y Lane End*

Nota del autor sobre sus fuentes

Realizar una adaptación de las aventuras de Robin Hood es algo muy distinto que sentarse a escribir sobre el rey Arturo y sus caballeros. Podríamos llenar toda una librería con los poemas y romances artúricos, aunque tomáramos a Malory como el último de ellos, y en esa librería encontraríamos algunas de las grandes obras de la literatura mundial, en varios idiomas.

Robin Hood no tuvo su Malory, y ha contado con escasos poetas. La lista de lo que podemos denominar literatura *robiniana* original está formada en su práctica totalidad por un poema tardomedieval rimado, *A Lytell Geste of Robyn Hode* [Un humilde cantar de Robin Hood], que es una colección de romances que, en la mayoría de los casos, son ripios de lo más simple y en otros podrían llegar a ser hasta del siglo XVIII, además de una versión en prosa de varios de esos romances y dos obras teatrales de Anthony Munday —contemporáneo de Shakespeare— tituladas *The Downfall of Robert Earl of Huntingdon* [La caída de Robert, conde de Huntingdon] y *The Death of Robert Earl of Huntingdon* [La muerte de Robert, conde de Huntingdon]. Para completar nuestras fuentes basta con que añadamos varios extractos breves de algunas obras

medievales populares que se limitan a seguir los romances existentes, una breve aparición en la obra de Robert Greene *George-a-Greene the Pinner of Wakefield* [George-a-Greene, el mayoral de Wakefield] y en la novela de caballerías que es su perfecto paralelo, y una aparición algo más sustancial en la obra pastoral inconclusa de Ben Johnson *The Sad Shepherd* [El pastor triste].

Robin Hood hizo acto de presencia en la verdadera literatura después de la recopilación y reimpresión de los romances, novelas de caballerías y obras teatrales que hizo Joseph Ritson a finales del siglo XVIII, y, aun así, tuvo la mejor de sus expresiones como un personaje menor, tal y como reconocerá todo lector de *Ivanhoe*. El grueso de esos romances, sin perder de vista el trasfondo dramático, ofreció a Thomas Love Peacock el esquema para el mejor relato en prosa sobre Robin Hood escrito hasta entonces, su *Maid Marian* [La doncella Marian] (1822), y las mismas fuentes (a las que Peacock y Scott también aportaron algo) dieron lugar a la obra de Tennyson *The Foresters* [Los hombres del bosque] de 1881, una agradable reordenación de los materiales de antaño, pero sin nada especial que destacar en el aspecto poético ni tampoco en el dramático. Al siglo XX le correspondió el ofrecernos la mejor obra poética escrita hasta entonces con Robin como protagonista, el *Robin Hood* de Alfred Noyes (1926, representada ese mismo año).

Por supuesto que ha habido otras muchas contribuciones menores a la literatura de Robin Hood en forma de obras de teatro, óperas y relatos de aventuras, pero, con diferencia, el mayor número de libros sobre él a lo largo de los últimos cien años consiste en diversas formas de adaptación de las antiguas leyendas, y ninguno de ellos ha logrado hacerse un hueco permanente en la estantería reservada para *El libro azul de los cuentos de hadas* de

Andrew Lang, *Los héroes* de Charles Kingsley y los *Cuentos de Tanglewood* de Nathaniel Hawthorne.

Mi libro se basa de principio a fin en fuentes autorizadas, y esa autoridad no se reduce a Munday o a los romances. Estos han sido el elemento básico de mi estructura, pero en ciertos lugares he buscado la ayuda de otras fuentes literarias posteriores: Noyes y Tennyson además de Peacock y Scott o Johnson y Greene. El uso que he dado a todas mis fuentes se ha centrado en el esquema de los relatos, aunque los diálogos son adaptaciones de los romances allá donde era posible: en ocasiones a partir de las primeras obras de teatro, en unos pocos casos a partir de Peacock y en otro muy obvio a partir de Scott.

Mis primeros cuatro capítulos muestran quizá el ejemplo más variado de este método del mosaico literario. Los capítulos del cinco al quince siguen casi por entero el *Lytell Geste* y los romances, si bien con una selección y un cierto grado de refundición y reagrupamiento. El capítulo dieciséis utiliza dos escenas de *George-a-Greene*; el capítulo diecisiete combina un romance con un capítulo de Peacock; el dieciocho está basado en *The Sad Shepherd* (aunque con mi propio final, ya que me parecía inadecuado el que hizo F. G. Waldron en el siglo XVIII: solo es de Waldron el canto final). El capítulo diecinueve combina dos romances y el veinte bebe de *Ivanhoe* con ligeras variaciones para que cuadre con mi esquema general. El veintiuno es fundamentalmente un romance, pero aquí convergen todas las fuentes autorizadas: podemos encontrar frases casi idénticas en las diversas descripciones de este mismo incidente en Scott, Peacock, Tennyson y Noyes. El veintidós utiliza el romance de «Robin Hood y el monje», tal vez el mejor de todos los que obtienen la consideración de poesía, y un incidente que figura en Noyes. Mientras que los dos últimos capítulos son puro

romance, la Muerte de Robin da la única nota de patetismo o de tragedia en toda la literatura más antigua sobre el tema. El prólogo y el epílogo siguen también los romances, aunque el segundo lo hace con cierta distancia y con su cierta licencia. Los cantos son de Peacock, Tennyson y fuentes medievales.

En cuanto a la ambientación, he seguido a la mayoría de los autores y tradiciones al escoger el reinado de Ricardo I de Inglaterra, pero la historia —no debemos olvidar— es «legendaria», y no me ha parecido que la precisión en el detalle del contexto sea de ayuda para el relato. Los romances no prestan atención de ninguna clase al escenario histórico, y algunos sitúan a Robin en el reinado de Ricardo I, otros en el de uno de los Eduardos, y algunos incluso en el de Enrique VIII. La precisión geográfica tampoco tiene lugar ninguno en el romancero: Robin puede huir de Nottingham a pie por la mañana y estar en Lancashire esa misma tarde, mientras que ninguno de los autores de los romances se molesta en preguntarse qué pinta el obispo de Hereford en el bosque de Sherwood. He corregido algunos de los errores más burdos, igual que he reducido algunos de los lanzamientos de récord de Robin con arco y flecha a una distancia a su alcance, al menos por mera probabilidad.

«Muchos hablan de Robin Hood sin haber disparado un arco en su vida», cuenta el viejo dicho: yo he vivido con él al menos en el bosque de Sherwood de las novelas de caballerías y lo he traído de vuelta en lo que confío sea un relato veraz sobre su vida y sus andanzas. La de Robin Hood es una historia que jamás morirá ni dejará de prender la chispa de la imaginación. Como los cuentos de hadas de antaño, se ha de contar una y otra vez, ya que —igual que ellos— está teñido de encanto, y pocos son los que no caerán bajo su hechizo:

*Su llamada, la misma de siempre, remota y débil parece,
en Sherwood, en Sherwood, con los albores cuando
amanece.*

ROGER LANCELYN GREEN

Reinado del rey Ricardo I...

Había en estos tiempos muchos Ladrones y Forajidos, y entre ellos bandidos de renombre como Robert Hood y Little John, que continuaban en los bosques saqueando y robando a los ricos. A ninguno mataban, sino que los asediaban, por ejemplo, o lo conseguían por resistencia a la defensa de aquellos.

El susodicho Robert mantenía con sus saqueos y robos a un centenar de hombres, altos y buenos arqueros, a los cuales ni cuatrocientos soldados —jamás igualarían sus fuerzas— se atreverían a desafiar. No soportaba ver a la mujer oprimida, violada o de otro modo importunada; a los pobres repartía bienes y los aliviaba en abundancia con cuanto botín robaba de abadías y casas de ricos hacendados; aquellos acusados por el Corregidor de su rapiña y su robo afirmaban que ese hombre era el príncipe de los ladrones, y el más amable de todos ellos...

JOHN STOW, *Anales de Inglaterra* (1580)

Prólogo

De cómo nació Robert Fitzooth

*Muchos cantan de la hierba y la broza,
y muchos cantan del alforfón,
tantos otros cantan de Robin Hood,
mas pocos saben dónde nació.*

*No fue en la humilde choza,
ni en la alcoba señorial,
sino en la fronda y la quietud,
entre las flores del verdegal.*

Romance *El nacimiento de Robin Hood*

A pesar del siglo transcurrido ya desde la batalla de Hastings, no reinaba en Inglaterra una verdadera paz. Guillermo el Conquistador había repartido el país entre sus partidarios normandos, y tan solo en ciertos casos especiales permitió que los antiguos señores sajones conservaran la propiedad siquiera de una ínfima parte de lo que antaño fueron sus tierras. Con frecuencia, los nuevos condes, barones y caballeros normandos —al igual que sus hijos y sus nietos— trataban a los sajones como meros

esclavos, siervos que cultivaran las tierras para ellos y los siguieran a la guerra, siervos que carecían de derechos y de la menor oportunidad de acceder a una verdadera justicia.

Inglaterra era todavía un «país ocupado» en el siglo XII, y, aunque no se produjeran grandes revueltas tras la muerte de Hereward el Despierto, sí había numerosos movimientos «clandestinos», además de proscritos y bandas de ladrones en todos los bosques. Estos bosques eran propiedad de la corona, y las penas por cazar los venados del rey eran crueles y brutales en exceso.

No es de extrañar que en el año de 1160 fuera escasa la amistad entre los sajones y los normandos; ni tampoco ha de extrañarnos que sir George Gamwell, de Gamwell Hall en Nottinghamshire, caballero sajón que ostentaba la propiedad de los assolados restos de las tierras de sus antepasados, no viese con buenos ojos al joven William Fitzooth, hijo del barón de Kyme, cuando este vino a cortejar a su hija Joanna.

Sir George era un hombre fiero y de mal carácter, un resentido incapaz de olvidar jamás un agravio ni de perdonar a los normandos, cuyos padres y abuelos lo habían agraviado.

Lo cierto es que el joven William Fitzooth era hijo de madre sajona y nieto de abuela sajona, y comenzaba a sentirse más británico que sajón o normando, y a convencerse de que la manera de apaciguar el país y traer la estabilidad no era a base de más crueldades, sino por medio de la justicia.

Sin embargo, sir George no estaba dispuesto a escuchar a William, y le prohibió volver a poner jamás un pie en su casa. Tampoco quiso escuchar a su hija, y con la misma fiereza le ordenó confinarse en sus aposentos y no volver a tener trato con aquel maldito normando.

Joanna se marchó entre lágrimas, pero no obedeció a su padre. Esa noche, William Fitzooth se plantó bajo su ventana, ambos jóvenes se juraron fidelidad eterna y, poco tiempo después —sin que sir George tuviese ni idea de ello—, se encontraron los dos como Romeo y Julieta en una capilla cercana y se casaron en secreto.

A partir de entonces, William visitaba a Joanna noche tras noche, escalaba hasta su ventana en los peligros de la oscuridad y se marchaba con premura antes de rayar el alba.

La primavera dio paso al verano, y William se tuvo que ausentar durante varios meses y acompañar a su padre a Londres por un asunto del rey. Cuando regresó a Gamwell, un mensajero le trajo en secreto una carta de Joanna.

«Me encuentro en un terrible apuro —escribió ella—, puesto que, aunque me quedo en cama y me finjo indispuesta, mi padre no tardará en descubrir lo sucedido entre nosotros, y entonces su furia será terrible. No me cabe duda de que te colgará si te atrapa, y no sé qué me hará a mí o a nuestro hijo cuando nazca. Por eso acude a mí enseguida, querido William, y llévame de aquí, porque estaré viviendo en un temor constante mientras no sienta la fuerza de tu abrazo».

William llamó entonces a tres de sus más fieles partidarios y de inmediato se adentró con ellos en el bosque de Sherwood, donde levantaron un campamento no muy lejos de Gamwell, consciente de que sir George sospecharía de él en cuanto notara la ausencia de su hija e iría a buscarla a Kyme en primera instancia.

Tras la puesta de sol, William y sus hombres se dirigieron silenciosos a Gamwell Hall, llegaron a hurtadillas, accedieron a los jardines y se situaron bajo la ventana de Joanna.

Ella los estaba esperando ya lista para la huida y saltó con bravura desde el alféizar para caer sobre la gran capa roja que sostenían para ella entre los cuatro hombres. Entonces la tomó William en sus brazos y, con primor y sin prisas, se la llevó de Gamwell Hall para adentrarse en el bosque silencioso bajo la luz de la luna sumidos en el verdor de las hojas y una quietud tal que tan solo se oía el ulular de un búho o el aullido de un zorro.

Cuando pasó la noche y lució el sol del amanecer, sir George se despertó de repente y llamó a sus criados a voz en grito.

—¿Dónde está mi hija? —vociferó—. Suele venir a verme a esta hora de la mañana, ¡y no hay rastro de ella! He tenido un terrible sueño sobre ella, ¡quiera Dios que jamás se haga realidad! Pues he creído ver cómo se ahogaba en las saladas aguas del mar... ¡Pero mirad lo que os digo! Como se la hayan llevado, como haya sufrido daño alguno, ¡os colgaré a todos!

El temor y el alboroto se adueñaron entonces de Gamwell Hall, los criados corrían por doquier, los soldados se ceñían el cinto de la espada y los hombres del bosque encordaban sus arcos y se ocupaban de sus flechas.

Llegó furioso sir George hasta el medio entre todos ellos, pidiendo a voces su caballo y amenazando con colgar a todos allí mismo como no encontraran a su hija.

Apareció por fin el montero mayor con dos de sus perros de caza sujetos con una correa, y la partida al completo se adentró en el bosque de Sherwood siguiendo el rastro de William Fitzooth.

Más adelante, aquel mismo día, se toparon de pronto con Joanna, que estaba sentada en su aposento en la fronda y amamantaba a su hijo recién nacido.

En ese instante, sir George desmontó de un salto y aterrizó con la espada desenvainada profiriendo toda clase de horribles juramentos. Aun así, cuando su hija Joanna lo miró sonriente y le puso a su nietecito entre los brazos, el hombre dejó caer la espada, besó al niño con ternura y exclamó:

—Sabe Dios que desearía colgar a tu padre, pero a pesar de todo sigo queriendo a tu madre... Bueno, bueno, eres mi nieto, de eso no cabe duda, y no sería muy amable por mi parte que empezara por matar a tu padre. Joanna, ¿dónde está ese villano?

William Fitzooth salió entonces de detrás de un árbol y se arrodilló ante sir George para rogarle su perdón y prometerle su especial amistad con los sajones por el bien de su dulce esposa y el de su pequeño hijo, más de la mitad de cuya sangre ya era sajona.

—Pues bien —dijo sir George—, todo será perdonado y todo será olvidado, y en cuanto a este jovencito... ¿cómo decís que se llama? ¿Robert? Muy bien, mi joven Robin, que no has nacido en la casa señorial ni en la alcoba engalanada, sino en el verdor de los bosques, ¡que seas fiel a esta tierra inglesa y ofrezcas tu ayuda a los oprimidos hasta el fin de tus días!